

los paisajes céntricos donde la protagonista se siente más a gusto, donde puede vivir sin que se le hagan preguntas sobre su identidad, su pasado o los sueños sobre el porvenir.



Hay que resaltar la manera como los personajes cobran vida en este libro. No sólo Sofía, la narradora, cuya personalidad se adivina tanto a través de lo que dice, como de lo que calla. Una mujer solitaria y aferrada a momentos que aportaron su cuota de felicidad, así como se aferra a Eduardo, el amante de ayer, un poco presente en los rostros de otros enamorados, figura inolvidable, devuelta a la realidad a través del lenguaje. Un personaje fantasmal en un comienzo, que va adquiriendo forma, carácter, consistencia, incluso una voz, pese a que se lo evoca sin permitirle hablar.

En el ejercicio de la remembranza, el tiempo en la novela de María Castilla adquiere más que nunca su carácter caprichoso, fluctuante, íntimamente ligado a lo psicológico. Tiempo cronológico y tiempo psicológico se entrelazan para darle mayor sentido al pasado que con frecuencia es más veraz, más tangible y real que el fugitivo presente. La obra de María Castilla es también una sutil reflexión sobre las trampas que nos tienden la nostalgia y el pasado, con su poder de transformar y enriquecer el presente. A tal punto, que no se sabe si la narradora oscila en su exilio entre la realidad y la fantasía, entre la locura y la cordura, entre el deseo y la saciedad. Extrañada ante la dolorosa exactitud de las imágenes que evoca el recuerdo, su mundo se llena también de erotismo, de ternura, de todo aquello que es contundente en un amor perdido para el cual, en su momento, cobraban valor pequeños objetos al parecer intrascendentes.

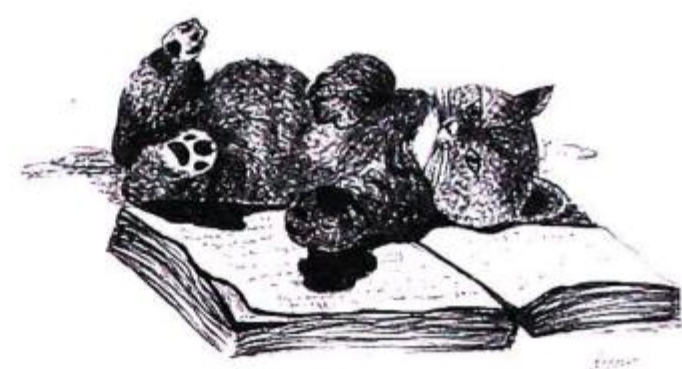
María Castilla escribe con una prosa cuidada, en la que no sobra un adjetivo ni falta el verbo revelador, tan transparente como pueden ser en algunos momentos privilegiados las imágenes del recuerdo. Y ciertamente sabe crear una atmósfera de añoranza, de realidad comprimida en el tiempo, pero también de intriga, porque a medida que avanza en el relato, el lector no puede dejar de preguntarse, aunque sepa de antemano la respuesta, por el destino de un amor descrito con detallada minucia, con delicadeza y penetración psicológica.

Como un ondulante telón de fondo, aparece y desaparece la gran urbe poblada de extraños personajes, de lugares característicos que obedecen a la impronta dejada por seres anónimos, indiferentes al drama que se desarrolla en el corazón de Sofía, a su necesidad de encontrar un asidero en la selva de cemento cuyo rumor no se detiene jamás, y que habla de otras vidas, de otros amores, de otros anhelos, no menos reales por ser desconocidos.

En contraposición, y en una especie de equilibrio de la balanza, está el lejano continente poblado de criaturas exóticas, de niños desnudos y hambrientos, de hombres que nada poseen, lugar elegido por Eduardo para el abandono del amor, para la búsqueda de otras motivaciones. Un amante temeroso, aunque se sirva de un pretexto absurdamente altruista con el fin de escapar del fuego de una pasión que le resulta difícil de afrontar. Otro recurso explorado hasta la saciedad en la literatura, pero que en la novela de María Castilla adquiere frescura propia, merced a las reflexiones en torno a la dinámica del amor y el abandono, de la búsqueda y el rechazo, del recuerdo y el olvido, de la felicidad y la depresión.

Desde la intimidad de un cine, una habitación, un ascensor o un bar en una calle bogotana, el espacio de la novela se amplía hasta llegar al mundo exterior, donde habita el abandono como símbolo de la impermanencia, pasando, claro está, por el territorio del cuerpo, que descubre sus secretos a través del ero-

tismo y el placer, de la inocente desnudez en una playa cualquiera, del retozo en un lecho que más tarde se abandona sin mirar atrás. El cuerpo que vibra a través de las sensaciones, así como lo hace la ciudad con la actividad incesante de millones de anónimos habitantes.



Finalmente, cabe mencionar que así como Marcel Proust ahondó en el universo de las pasiones, el amor, el desamor, la acción corrosiva de los celos, María Castilla pormenoriza en las mismas a través de un detallado análisis, usando para ello una trama novelesca que crece en profundidad a medida que el tiempo fluye y las páginas se transforman en una advertencia de lo que será el punto final.

MARÍA CRISTINA RESTREPO

Suicidio por exceso de palabras

El nombre falso de un ser importante

Germán Silva Pabón

Aleandría, Bogotá, 2010, 316 págs.

Lo primero que me parece se debe hacer para escribir la reseña sobre *El nombre falso de un ser importante* de Germán Silva Pabón es reconstruir la historia que cuenta y la cual se queda perdida entre un montón de palabras, sepultada en la verbosidad.

El relato es más o menos el que sigue:

Un escritor que se dice a sí mismo un fracasado, pero que no por ello deja de tener ataques de narcisismo

primario, decide suicidarse inducido por un amigo de sus últimos tiempos, un violador de niñas, un panadero erudito que hace con su masa figuras genitales y que termina matándose en un accidente de moto en un intento por eludir a la policía que está a punto de apresarlos por sus delitos.

Nuestro escritor fracasado quiere lanzarse a tierra desde el campanario de la catedral primada de Bogotá y, si mal no recuerdo, desde el principio sabemos que lo hace y que fracasa en su intento de morir a manos propias.



El escritor fracasado, Campoamor, por su nombre falso, forma parte de un grupo de muchachos que se denomina Marcuse y que pasa la mayor parte de su vida filosofando sin rigor alguno sobre diversos temas de la vida, entre ellos dos prominentes: la muerte y las mujeres. Estos muchachos que, uno lo deduce, ya no lo son tanto, se comportan como el eterno adolescente: de todo despotrican, se emborrachan varias veces al día, tienen ínfulas de intelectuales, copulan cada que pueden, tienen arrestos homoeróticos, se acolitan desmanes infantiles y, ante todo, hablan en demasía de cualquier asunto.

Campoamor es el peor de todos: sufre de verborrea aguda paralizante y da tantas vueltas y revueltas al tema del suicidio (como sobre todo otro tema) que, a lo último, uno tie-

ne ganas de empujarlo para que deje de dilatar tanto las cosas y resuelva, de una buena vez, su situación. En el relato algunos mueren pero Campoamor, hasta el final del libro, sigue vivo y coleando (vivo y hablando habría que decir), salvado por un golpe de suerte de morir asfixiado entre las montañas de palabras que él ha levantado, palabras que, por lo demás, son bastante vanas, dichas solo para deleitarse con el sonido de la propia voz o el ruido de los dedos sobre el teclado del computador... Nada sucede al final: solo cosas que se dicen y que, en últimas, vienen de la nada y a la nada van. Como dice la canción de salsa de Willie Colón: "Las palabras son del aire, y van al aire"...

Tanto los personajes del libro, como el libro mismo, son fuente inagotable de impaciencia. Para avanzar después de la primera hoja hay que tener una buena dosis de aguante con la vida, con la "literatura" colombiana, con los ejercicios experimentales y con el prurito de la posmodernidad desde cuyos presupuestos está escrito el libro o, por lo menos, así lo dice el autor/personaje cuando afirma cosas de este talante:

Y fui criticado por los doctores de Marcuse. Pero finalmente se trata de novelas, porque nada ha evolucionado tanto como la novela, la cual ha adoptado a lo largo de su historia cientos de formas. Como el jazz, que también ha evolucionado sobremedida, manteniendo las reservas que lo hacen sublime, como música de vanguardia. Por lo general concibo la novela como una aglutinación de textos, muchas veces sin ninguna conexión entre ellos, sin ningún nexo que distribuya la parafernalia. Pero también escribo novelas hiladas, para las que me veo obligado a utilizar una máquina de coser en lugar de una de escribir. El modelo de desconexión lo tomé de la vida misma, en donde las cosas aparecen desconectadas unas de otras. Y claro, del pensamiento filosófico y del lenguaje del psicoanálisis. El sentido, en esa realidad, es puesto por el hombre mismo desde afuera; adentro —si se

mira bien— no existe ningún sentido. Y entre más distancia peor. Si uno se va alejando un objeto llega a parecerse a otro por más diferentes que sean. La teoría de los fractales lo pregona. Desde muy lejos todo es igual. [págs. 206-207]

Y así es el tono de todo el libro... Una avalancha de palabras ligadas entre sí por una lógica perversa que no resulta ni estética, ni informativa, ni contribuye en nada a la filosofía y que, mucho menos, es literatura. El discurrir del personaje por la novela, y para el caso de todos los personajes, es adornado con las vueltas y revueltas de Campoamor sobre el suicidio, los lugares comunes sobre las mujeres, el odio a la madrastra y el trauma subsecuente que ha causado, las borracheras de los protagonistas, sus ínfulas de erudición, las citas de canciones de rock y jazz de los años sesenta y los setenta y un lugar hecho absolutamente de palabras en el que residen los eternos muchachos de Marcuse.

Puede ser que la novela actual no tenga que seguir la misma estructura de la novela de los siglos XIX o XX. También que el relato clásico no tenga ya nada que hacer y que lo que único que importe ahora sea la subjetividad de los personajes y sus incansables disquisiciones presentadas a manera de polifonía interior. Es posible que, como Campoamor lo insinúa, Germán Silva sea el Joyce colombiano y que *El nombre falso de un ser importante* sea el *Ulises* criollo. Puede que yo no haya entendido este experimento, largo, largo, que hace el autor. A lo mejor, como él mismo lo dice, es el lector quien tiene que armar el libro y el escritor no debe hacer ningún esfuerzo por decir algo y mucho menos para que lo entiendan. Pero si la consecuencia de la desaparición de la novela clásica produce textos de la índole de este de Germán Silva Pabón, creo que Dostoievski es mi mejor opción para no tener que rabiar con desesperación...

Sin embargo, como cabe la duda, incluyo algunos apartes del texto para que el lector de esta reseña sea

quien decida por sí mismo si decide adentrarse en las aventuras y desventuras de este joven Werther de los trópicos:

A veces se necesita más fuerza para despejar el cielo de sus nubes, de sus cirros, de esa bandada de nimbos que trata de oscurecer aquellos momentos de insania en los que uno cree poder camuflarse para obtener las verdaderas ganancias. Y terminé preguntándome qué oculta intención tenía el artilugio. Llámame Campoamor no podía ser solamente una veleidad. Me imaginé no llamándome de ninguna manera. Pero entonces, ¿cómo podría vivir siendo nadie, careciendo de nombre, de identidad? Es como no tener cara. Sin nombre se podía diluir al temperamento, el cuerpo, la conciencia en esa falta de identidad, de señales y de historia. Un anonimato absurdo. Disfrutaría de una rara libertad. [págs. 48-49]

¿Es esto una disquisición ontológica inteligente o un ataque de verborrea aguda paralizante? Mi respuesta: pura y dura verborrea.

O esta otra parrafada, reveladora de lo que el personaje/autor piensa de su obra:

En ese sentido Alonso y Henry Nocaut se referían a mí peyorativamente. Alonso me dijo una vez que mi literatura era demasiado adolescente, como si fuera un pecado o una debilidad. Pero afortunadamente Felipe Arrau emergió de la nada para instaurar una exaltación de mi literatura de vanguardia ingresando al futuro. Arrau se convirtió en el arquetipo de los que me entendían a carta cabal, y me defendían. Por eso lo estampé de manera magnánima en 'Feka Sechorr'. Uno no puede aspirar a ser leído por seres humanos sino por dioses. [pág. 202]

Y bueno, tal vez yo no sea una diosa sino una simple humana. Por eso, tal vez, no soy digna de entrar en la casa de Campoamor/Germán Silva Pabón y, por eso, tal vez deba volver a Scott Fitzgerald, a Thomas

Mann, a Jane Austen y dejar que sean otros lectores los que digan lo que piensan de *El nombre falso de un ser importante*. Yo no me siento capaz de agregarle más palabras a algo que ya tiene demasiadas.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

La inútil añoranza de la normalidad

Litchis de Madagascar

Aquiles Cuervo

Editorial El fin de la noche,
Buenos Aires, 2011, 91 págs.

El ruido de las cosas al caer

Juan Gabriel Vásquez

Premio Alfaguara de novela 2011
Alfaguara, Bogotá, 2011, 259 págs.

Tres ataúdes blancos

Antonio Ungar

Premio Herralde de Novela
Editorial Anagrama, Barcelona,
2010, 284 págs.

Suicídame

Andrés Arias

Ediciones B, Bogotá, 2010, 262 págs.

C. M. no récord

Juan Álvarez

Alfaguara, Bogotá, 2011

Come writers and critics
Who prophesize with your pen
And keep your eyes wide
The chance won't come again
The Times They Are A' Changing
Bob Dylan

Hace poco participé en un acto (¿una sesión? ¿una peña?) en torno a un libro de cuentos, *Litchis de Madagascar*, firmado por Aquiles Cuervo. Había público (tías y amigos y unos poquitos desconocidos; nada de adolescentes vociferantes pidiendo a gritos a Justin Bieber), en parte explicable por la cantidad de participantes: un guitarrista, dos poetas, el autor, dos lectores, una

computadora. Fue divertido en tono menor, y definitivamente mucho más divertido que los tradicionales lanzamientos de libros (invitación —cientos de invitaciones impresas y enviadas por correo—, vino, dos o tres discursos elogiosos y más o menos aburridos, algún ex presidente, algún escritor, algún famoso). Fue, sobre todo, una marca leve (definitivamente no un hito) que servirá para señalar en el futuro un cambio de rumbo, nuevos aires, nuevos hábitos.



En realidad *Litchis de Madagascar* representa varias de estas nuevas tendencias (que en ocasiones son viejos hábitos recuperados). Para empezar, el libro fue publicado por la editorial argentina El fin de la noche —Aquiles Cuervo es colombiano y vive en París—, que se presenta en su página web como un sello que “integra la tecnología de edición más avanzada (PoD, distribución digital y libre acceso de lectura online) a la delicada paciencia para el armado de cada título”. Se puede descargar desde Internet, se puede conseguir en librerías en Bogotá (en una librería, al menos), se puede pedir por correo, se puede comprar en Amazon. Su autor, Aquiles Cuervo, se define a sí mismo como “ex actor y futuro bailarín, [...] escritor de atmósferas [...]”, obsesionado con “el absurdo, el minimalismo y la espera”; y es, a su vez, la creación de Alberto Bejarano, científico político y estudiante de doctorado en Filosofía en la Universidad París VIII (escribe una tesis